

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península UNA PESETA al mes.—Extranjero, tres me-
ses 7'50 PESETAS.

Comunicados á precios convencionales

Redacción y talleres: S. Lorenzo, 18.

LUNES 22 DE OCTUBRE DE 1900

PRECIOS DE LOS ANUNCIOS

En cuarta plana. 00'05 pesetas línea
En segunda y tercera. 00'10 id. id.
En primera. 00'20 id. id.

Administración: Saavedra Fajardo, 15

Desastre final

Llegó el grave conflicto y se consumió desgraciadamente el desastre final. Era cosa prevista y consecuencia lógica inevitable: cuando la razón despasionada juzga serenamente los hechos que integran la esencia principal de una cuestión la razón no se equivoca ni yerra, porque la razón pesa y mide y aquilata y acierta seguramente. De aquel teorema nefasto de la crisis, deductivamente se desprendería su corolario fatal. Siempre por la falta de maduro juicio en la resolución de ciertos problemas, se invirtieron las cantidades y salió fallida la suma.

Y los grandes errores gravan la conciencia individual, pagándose muy profunda y dolorosamente; que todo en este mundo tiene su recompensa merecida y su castigo justo y providencial.

Silvela, el hombre ilustre del sentido jurídico, resulta aquí el gran equivocado, padeciendo la necesaria expiación de la culpa y soportando con resignación bien llevada, los crueles constantes zarzapos del infortunio. Se creyó inexpugnable y la fortaleza fué tomada con capitulación breve y triste, al primer parlamento del adversario, quedando dispersos los hombres, sin lema el ejército deshecho, hasta sin gloria la bandera, que es símbolo tan santo y tan augusto.

Respetando como respetamos sinceramente las pobres ruinas de un partido que fué grande y poderoso, hemos de criticar, exentos de toda ofusadora pasión de bandería, la obra pasada del Gabinete caído en medio de su disolución completa, con la disidencia múltiple que lo consumía devorándolo, proporcionando al país la más ingénuo y más total de todas sus jubilosas alegrías. ¡Cuánto elemento heterogéneo, cuánta reforma inaceptable, cuánta lucha diaria de intereses contrapuestos, cuánta falta censurable de sentido político! Y España, con indolencias propias de vieja musulmana, ha contemplado desvanecerse un tiempo precioso en crear y desenvolver proyectos acéfalos, urdiendo transformaciones radicales, forjando planes novísimos, instaurando un régimen de reformas, que tiene mucho de efectismo modernista para cegar deslumbrando á los ojos, dejando en cambio vacía de toda realidad tangible y efectiva la superior esfera del espíritu.

No hubo alta idea directriz, ni acabado plan preconcebido, ni aliento vigoroso que mantuviera con solemne vocación la unidad fundamental de la grey. Marchó todo sin orientación segura, y como en alas del ciego destino, que parece ser en estos tiempos calamitosos el hado fatal de nuestros prohombres públicos, obseccionados tan solo por la maldita monomanía del poder. Y como lo que empieza mal, desastrosamente acaba, la alegría risotada del sánete terminó en dolorosa coreografía de tragedia, la animada partida de la víspera fué triste á la aurora del venidero día.

Silvela cayó envuelto en su propio error, porque los errores perturbaban, porque los errores aniquilan, porque los errores matan. La duda, que también ensombrece siniestramente, ha habitado en su inteligencia llena siempre de vagos temores: en la verdad radiante que siempre ilumina, deben bañarse á campo abierto nuestros cerebros débiles, para robustecerlos con su tonicidad poderosa.

Desmembrado el partido, escaso de figuras relevantes, relajada y maltrecha la disciplina, ligadora de toda fecunda acción común, quiso encontrar un general pasivo cual soldado anónimo de la gran masa, sin iniciativas propias ni pujos reformistas: una estatua inmóvil que solo sonriera con resonancia armónica, como la colosal figura de Memnón en el desierto. No, el bizarro general Linares fué todo un hombre cabal y un ordenancista severo y un militar intransigente, que impuso su voluntad plena, recabando para el prestigio nacional del ejército toda entera libertad de acción, la cual imprescindiblemente necesita. Silvela

fué harto débil en la aceptación de tan duras y radicales imposiciones, porque desde entonces, su intangible autoridad de Jefe quedaba sensiblemente mal parada y rota la disciplina interior del Ministerio. Jamás estuvimos conformes en toda la vida, con la inaceptable y ruda teoría de un absoluto militarismo dictatorial, que impusiera las soluciones y mandara los decretos, sojuzgando la voluntad soberana de la Nación; pero sin profesar tal insensata doctrina, creemos racionalmente pensado, que cuando los Ministros, después de expuesto todo un capítulo de concretas y expresas condiciones, son aceptados, tienen sobrada fuerza de prestigio para imponerse, triunfando de todos los acomodatios arreglos políticos.

Silvela cae desde la altura por un desequilibrio total, debilitado y casi destruido; Linares al morir, después de tan breve vida ministerial, se desploma sobre el escudo con la actitud gallarda del gladiador en la gloriosa arena del Circo. Silvela cae compadecido, porque su caída es caída funesta: Linares desfilando aclamado, porque su descenso tiene la gloria de triunfo bellísimo. Silvela baja á la sombra maldiciendo del fracaso, donde todo se vé empequeñecido; Linares sube á la claridad meridiana del acierto, donde toda figura crece agigantada bajo la óptica ideal de la victoria.

Los grandes partidos de cerrada alternancia se descomponen y suonmben, porque, si destruyen á los vivos organismos las pobreza orgánicas de la debilidad, también los mata la plétora de vida. Y los partidos acaban porque están sobrados de hombres, de aspiraciones encontradas y de egoísmos perdurables. Finalizan las grandes colectividades políticas, porque el natural progreso de los tiempos sabiamentelo impone y lo dicta la razón y la conveniencia general lo apoya. Necesitamos Gobiernos de franca y verdadera democracia y no de engañosos y fugidos liberalismos, que sorprendan al país con la sonora magia del nombre. De ahora para luego, los Gobiernos españoles tendrán que ir encañados en hombres ilustres, que lleven los prestigios de los grupos distintos de la representación parlamentaria, simbolizando aspiraciones nacionales y teniendo programas sinceros, definidos y claros, planes completos de Gobierno.

Aprendemos constantemente por la lección ejemplar de la experiencia, cuanto por los dictados serenos de la razón no queremos aprender, imbuidos en la torpe obra de la rutina secular, que nos incapacita y nos aflige.

Se soldará la situación presente, podrá remediarse con paliativo eficaz el mal originado, habrá de hallar solución pronta la crisis; mas eternamente quedará flotando en el aire la amenaza brutal de nuevos y más graves sucesos imprevistos que turban la paz pública, trayendo sobre España los horrores de una agitación interior. Las evoluciones populares han de hacerse pacíficamente, por la virtud inmaterial de las ideas que guían á los hombres y gobiernan á los pueblos, llevándolos en carrera triunfal hacia la gloria de sus providenciales destinos; las evoluciones brotan del espíritu sano de las muchedumbres, que después de imponerlas suavemente también las acclaman.

Y de este desastre final fuimos nosotros, ya que no iluminados videntes ni profetas inspirados, pobres y humildes agoreros, sí. Vimos marcharse las viejas figuras y alzarse sobre el pedestal soberbio estatuas nuevas, adivinando en estos cambios precursoros, la florecencia victoriosa de una humana religión del talento, del saber y de la palabra, donde bajo la santa comunión de grandes y fecundos ideales, se incube al calor bendito del patriotismo la generación robusta del porvenir.

La forma está preparada, el soplo vibra inspirado en la materia fría, la luz del pensamiento resplandece: la bendición de Dios desciende, y habrá surgido inmaculada la raza, desde la nada del caos al sér glorioso de la vida.

DE MADRID Á MURCIA

La crisis

El nombramiento del general Weyler ha sido la chispa que había de producir la catástrofe del gobierno silvelista.

Apenas los ministros Sres. Dato, Gasset y Marqués de Aguilar de Campó, supieron la noticia de dicho nombramiento, inmediatamente se trasladaron al Ministerio de Marina y por una casualidad se encontraron en el despacho del Sr. Silvela.

A los diez minutos salió el ministro de Estado con cara de pocos amigos.

A las preguntas de los periodistas, contestó, que el objeto de su entrevista con el Sr. Silvela, había sido comunicarle un telegrama que acababa de recibir del Sr. Cologan.

Y claro es, que esta respuesta no convenció á nadie.

Al cabo de una hora abandonaron el despacho del Sr. Silvela los ministros de Gobernación y Agricultura, quienes también contestaron con evasivas á los reporters.

Inmediatamente después salió el señor Silvela, alcanzando en la escalera á los Sres. Dato y Gasset, con quienes cambió un saludo bastante frío y que demostraba que en la entrevista no había reinado el mayor acuerdo.

El disgusto entre los Sres. Silvela, Gasset y Dato era indudable, y más tarde pudimos comprobarlo.

En efecto, la conferencia que habían celebrado los susodichos señores, fué de suma importancia política.

El Sr. Gasset manifestó al presidente que él era incompatible con el general Weyler, y que, por lo tanto, presentaba su dimisión con el carácter de irrevocable, es decir, sin contar con que protestaba de que no se hubiera sometido el asunto al acuerdo del Consejo de ministros.

A lo dicho por el Sr. Gasset se asoció el ministro de la Gobernación, quien presentó asimismo su dimisión.

Y para no ser menos, el marqués de Aguilar de Campó, para demostrar que ante todo es monárquico, hizo insinuaciones relacionadas con la actitud que se ha venido atribuyendo al general Weyler y también presentó su dimisión.

Pero el inocente ministro de Estado, retiró la dimisión en seguida, porque el Sr. Silvela le hizo ver el ridículo que estaba haciendo con su heroica actitud, toda vez que la regente había firmado el nombramiento del marqués de Tenerife.

Y el pobrecito Aguilar de Campó se fué á su ministerio más corrido que una mona, por la enorme plancha que acababa de tirarse.

La gran marejada

Son varias las incompatibilidades que la presencia del general Weyler ha provocado.

Aguilar de Campó dice que no puede seguir en el ministerio porque no se han satisfecho sus pretensiones.

El ministro de Estado tenía candidato. Gasset dijo que, siendo director de «El Imparcial» hizo una furiosa campaña contra el general Weyler, pidiendo ó poco menos que lo llevaran á la barra.

Dato patrocinaba al general Palavieja. Además, el ministro de la Gobernación, cuando se dijo que conspiraba el general Weyler montó un cuerpo de policía que estuvo espionando día y noche á D. Valeriano.

Me sostengo también en la creencia de que el marqués de Aguilar de Campó y el Sr. Gasset son también ministros dimisionarios.

En éstos no hay ya tan graves motivos como con el Sr. Dato para estar ofendido con Silvela y con Linares Pombo.

Habían publicado los periódicos el nombre de D. Camilo Palavieja y se consideraba ya á este capitán general de Madrid.

Nadie lo dudaba, siendo como era candidato del Sr. Dato, pero Linares Pombo ha echado por los suelos la infalibilidad del ministro de la Gobernación.

El movimiento político que hay ante

tan gran marejada no es para desorito.

21 Octubre 1900.

MÁS DECLARACIONES

DE

ROMERO ROBLEDO

Un redactor de «La Patria» ha celebrado un *interview* con el político español Sr. Romero Robledo.

El batallador exministro irá á la Coruña.

Al anunciar su viaje ha afirmado que la causa de las luchas ocurridas entre los pescadores de las rías gallegas, ha sido el haber prometido mucho á los dos bandos y no haber cumplido sus promesas.

«Voy á emprender una campaña de oposición y de propaganda activa», agregó el señor Romero Robledo, y negó que esté á punto de tomar la sucesión de Castelar.

«Lo único que deseo, prosiguió, es curar la Constitución, que está muy enferma.»

A la pregunta del reporter: ¿Teme usted que ocurran graves acontecimientos en Mayo de 1902, época de la mayoría del rey? contestó el político:

«Pueden ocurrir cosas muy graves, porque en el pueblo español, la mayoría está descontenta.»

—¿Se afilarán los descontentos á los carlistas?—preguntó el periodista.

—No—contestó el Sr. Romero Robledo,—los carlistas han muerto desde que no tienen al otero en favor suyo.

—¿No sospecha usted que se fragüe una fusión carlo-republicana?

—En manera alguna. El partido republicano no se encuentra en mejor situación que los demás partidos.

—Se supone que si sobreviniesen complicaciones imprevistas, el general Weyler proclamaría su dictadura. ¿Lo cree usted así?

—Creo—observó el Sr. Romero Robledo,—que el general Weyler posee grandes cualidades militares; es un jefe de carácter enérgico; un hombre de acción; pero no tiene ninguna condición de hombre de Estado.—

El grano de trigo

En ti se oculta el germen contenido de una vida futura, de una planta, y sobre ti la espiga se levanta como estuche gentil de oro bruñido. Tu gránulo parece en lo encendido rubí para el collar de una garganta, y en ti palpita la pureza santa de brindar tu salud al desvalido. Del áureo sol cristalizado estúvivo, es la substancia de tu cuerpo rubio que por lo breve apenas se divisa. Lo noble guarda sin maldad ninguna, ¡y vá en tu seno la nevada luna que se eleva del cáliz en la misal!

Salvador Rueda.

BATURRILLO

Estamos en plena crisis.

«Esa especie de gobierno» que presidía Silvela y sufría el país, ha caído de mala manera.

Y por sorpresa.

¡Triste privilegio el del Sr. Silvela! De él y de su mando puede decirse aquello de mala vida y peor muerte.

¡Y qué chasco ha dado á mucha gente D. Paco el de la daga... sin filo!

Por no saber, ni aun ha sabido caer en postura airosa, como los buenos gimnastas.

Es decir, que nos resultó un *calvo por dentro*, como decía el insigne Selgas.

Ó, lo que es lo mismo, un tanto, como lo calificó aquél gran conocedor de los hombres que se llamó Cánovas del Castillo.

¡Triste calificativo para un hombre público!

El general Linares Pombo ha conquistado un nuevo título para añadirlo á su preclara historia.

El de puntillero.

Y bueno, pues acertó al primer golpe.

También el general Weyler ha demostrado una vez más sus dotes taurinas en la corrida celebrada ayer.

Verificó muy bien el arrastre.

¿Cómo se solucionará la crisis?

¿Vendrán tirios, ó troyanos?

¿Quiénes de ellos serán los peores?

No lo sabemos; mas el horizonte se entenebrece con negras y densas nubes, que amenazan estallar en rócía tempestad que todo lo barra y en la que todo puede peligrar.

Tomamos por todo, sí, temamos... por el Toisón de Pidal, por la jubilación máxima de Campoy y por la vara ¡ay! de D. Diego, que no podrá unir su nombre, como recuerdo impercedero, á la gloriosa terminación de las obras de Romea....

Sic transit gloria mundi.

Patricio.

MURCIANOS ILUSTRES

EL MAESTRO CABALLERO

Decía el ilustre Arrieta:—Aquí en Madrid no se nota el correr del tiempo, cualquier chico tiene cincuenta años. Don Manuel Fernandez Caballero es un chico del tiempo de Arrieta; podrá el tiempo dejar su huella implacable en la cabeza del maestro blanqueando y disminuyendo la artística melena, le mismo que la luenga perilla y los anchos mostachos; podrá quitar luz á sus ojos ocultándolos por



esposas cataratas; pero la luz de la inteligencia, la juventud y frescura de la inspiración sigue siempre vigorosa, fecunda y lozana como cuando D. Manuel estrenó *Un sarao* y una *soirée*.

Desde que el género chico invadió los escenarios de todos los teatros de España, el maestro Caballero dejó la clásica zarzuela española para dedicarse á las zarzuelitas por horas, pero nadie como él dignificó este género á quien consideramos chico en la cantidad, pero no en la calidad. Nada de chulos en escena, á los que el maestro tiene decidida repulsión: nada de polkas y mazurkas insustanciadas y orgánillescas; la música del maestro es siempre fina, elegante y elevada. No es de ningún modo de la que llaman música *sabia*, pero jamás desoyendo á la chocarrería de los frívolos fabricantes de baratijas musicales.

El eminente músico murciano fué tiple de capilla en los comienzos de su carrera musical, y aun hoy es de los que con el ejemplo, guían á los cantantes á quienes enseñan.

Después de haber producido tanto y tan hermoso, el maestro Caballero no es rico ni mucho menos, siendo así que sus obras han dado la vuelta al mando del arte y han enriquecido á muchas empresas. Basta en la zarzuela grande nombrar *Los sobrinos del capitán Grant* y *La Marsellesa* y en la zarzuela en un acto, *El duo de la Africana*, *El Cabo primero* *La Viejecita* y *Gigantes y Cabezudas*.

Actualmente forma parte de la empresa del teatro de la zarzuela de la Corte y en aquella casa es por todos considerado como el *gran padre*, que dirían los france-

